

## CAPITULO XV.

## AMOR SIN ESPERANZA.

Don Fermin del Valle, que habia salido á recibir á su bienhechor, lleno de inefable júbilo presentóle á su tierna esposa.

El marquesito de Bellaflor era un jóven elegante, de figura esbelta y graciosa, como sabe ya el lector, de rostro descolorido á la sazón; pero siempre simpático.

Al notar su melancolía hubiérase dicho que antes de pasar los umbrales que le separaban de la estancia del banquero y su esposa, habia tenido que detenerse para dominar alguna violenta emoción que pretendia ocultar á todas las miradas; pero que mas fuerte que su voluntad, dejábase traslucir al través de cierta expresión indefinible de tristeza.

Si don Fermin se hubiera sentido menos preocupado por los graves sucesos del día, hubiera á buen seguro notado la turbación que se revelaba en el disimulo del marquesito; pero la satisfacción de tener en su presencia al hombre generoso que debia salvarle; no

le permitia ver nada que pudiera turbar su alegría, y aproximándose á su mujer, asiendo al marquesito de la mano, le decia:

—Permitame usted, mi querido marquesito, el honor de presentarle á mi esposa. Sí, mi esposa; le parece á usted sin duda extraño que lo sea de un hombre ya viejo una mujer tan jóven y tan linda; pero ella está contenta porque tiene en mí, no solo un esposo complaciente, sino un padre cariñoso. ¿No es verdad, hija mia?

—Es cierto—respondió Matilde dirigiendo al marquesito una mirada llena de nobleza; pero tan significativa, que hubiera obligado al corazón mas pervertido á entrar en la senda de la virtud.

Enrique se inclinó respetuosamente.

—Este generoso amigo—dijo el banquero—ha venido para salvar nuestro honor.

Estas sencillas palabras llenaron de vergüenza á Enrique, y visiblemente conmovido y turbado, respondió:

—Es un deber sagrado.... sigo el ejemplo de usted, que sacó á mi padre de un apuro mayor.

—Vamos, vamos, Matilde, enguja esas lágrimas—dijo el banquero viendo que su esposa lloraba—hemos recobrado la paz doméstica, merced á los nobles sentimientos de nuestro amigo. Solo se trata de un préstamo del que mas tarde indemnizaré á nuestro bienhechor. Entretanto correspondamos á su generosidad haciéndole participe de nuestra dicha. No mas lloro, hija mia... las lágrimas son contagiosas, y veo que las estás comunicando á nuestro amigo. Hoy todo debe respirar alegría en esta casa.

Diciendo esto, cruzó el banquero su brazo con el de Enrique, y se dirigieron ambos al despacho, después de haber cambiado un saludo con la infortunada jóven.

Ya está sola la pobre Matilde, vacilante, inquieta, agitada, sin un pensamiento consolador, queriendo y no pudiendo ser dichosa, queriendo y no atreviéndose á llorar.

Un momento habia bastado para destruir todas sus ilusiones de felicidad.

¡Aun amaba á Enrique!

Si habia sido en otro tiempo libertino, pérfido, seductor, ahora se presentaba generoso y reconocido.

La incauta jóven se regocijaba de que Dios le hubiera dotado de hermosos sentimientos.

Juzgábase feliz, porque ya su corazon no tenia que aborrecer á nadie, mucho menos á su bienhechor... ¡Aborrecerle!....

Su inmensa bondad merecia gratitud eterna.

Un gozo purísimo brilló en el rostro de Matilde; pero brilló á guisa de llamarada fosfórica, y en pos de su radiante luz, misteriosa nube oscureció su frente.

En vano reflexionaba que su marido se habia salvado, que estaba seguro su halagüeño porvenir... la infeliz temblaba convulsivamente á la nueva aparicion de horribles fantasmas que se cruzaban en su acalorada fantasía.

—¡Si me hubiera amado siempre!—murmuró en un momento de alucinacion.

Estas palabras que involuntariamente salieron de sus lábios, produjeron en la honrada esposa un estremecimiento, y avergonzóse de ellas como si acabára de consumir un crimen.

Quedóse largo rato meditabunda, la diestra apoyada sobre su corazon como si quisiera contener sus violentas palpitations.

Su vida estaba mejor arreglada tal como la Providencia lo habia dispuesto.

El marquesito de Bellaflor la habia engañado.... queria seducirla....

El amor de un corazon jóven suele desvanecerse y deja á las pobres mujeres á merced de eternos sinsabores.

Una pasion violenta es siempre de corta duracion; esto lo ha oido mil veces, y ella misma ha experimentado que es la pura verdad.

No hay pues tranquilidad ni dicha sino lejos de frenéticos amores; y en este caso es envidiable su suerte.

Con estas reflexiones sonrióse al recuerdo de su viejo marido, y la jóven esposa recobró algun tanto la perdida calma.

Mientras estaba Matilde embebida en semejantes pensamientos, abrióse lentamente la puerta del despacho del banquero, sin que lo notase la preocupada jóven.

Apareció Enrique, y aproximándose poco á poco al sillón en que estaba sentada Matilde, detúvose detrás de ella á breve distancia, y contemplábala en respetuoso silencio.

Matilde, ya enteramente vuelta en sí por las prudentes reflexiones que su razon acababa de sugerirle, volvió el rostro y vió al marquesito que fijaba en ella una mirada triste y penetrante que hizo temblar á la pobre jóven.

Procuró sin embargo conservar su serenidad.

Las mujeres rara vez pierden el valor en los momentos de prueba; lo crítico de las circunstancias suele enaltecerlas en vez de amilanarlas.

Esto le sucedió á la jóven casada, y comprendió perfectamente que si la inexperta Matilde hubiera podido temblar delante del marquesito de Bellaflor, la señora del Valle debia mostrarse confiada y tranquila.

—¡Por fin he vuelto á ver á usted!— exclamó el marquesito.

—Caballero—respondió Matilde con amable dignidad—olvide usted nuestras pasadas relaciones, como las he olvidado yo enteramente. Relaciones que Dios y mi madre me han perdonado, como yo perdono á usted en este momento. Olvide usted para siempre que hubo una jóven á quien quiso usted seducir y perder, y á quien el cielo ha salvado. Permítame usted recibirle únicamente cual merece el marquesito de Bellaflor, el amigo, el bienhechor de mi querido esposo. Bajo este concepto, caballero, tiendo á usted una mano amiga.

—No, señora, no... de ningun modo— exclamó el marquesito desechando la mano que Matilde le ofrecía.—Sea usted por un momento la sensible Matilde, y óigame por piedad. Ya que una dichosa casualidad nos ha reunido, es absolutamente indispensable que usted me escuche.

Matilde iba á retirarse.

—No se aleje usted, por Dios— continuó profundamente afectado el marquesito—no se aleje usted sin oirme. Matilde, soy inocente. Cuando recibí la fatal carta en que me acusa usted de seductor, creí volverme loco. No era culpable, no.... El casamiento á que usted se refería.... fué una ficción de un enemigo mio, porque yo no amaba mas que á usted... y solo con usted podia ser feliz. Aquel fingido enlace no se verificó, Matilde... estoy soltero!

Matilde lanzó un grito desgarrador, é inmóvil, respirando apenas, escuchó al marquesito, que con el entusiasmo de un amor vehemente continuaba de este modo:

—Sépalos usted, Matilde, quise sorprender á usted con el consentimiento de mi madre. A este efecto volé á Zaragoza y pocos esfuerzos tuve que emplear para granjearme la protección de la

mejor de las madres. Me disponía á partir para que recibiera usted de mis propios lábios la noticia que aseguraba nuestra felicidad. Acababa de sacar el pasaporte, cuando se me presentó un tal don Julian de Linares, jóven libertino, á quien habia yo arrojado de mi casa por sus malos antecedentes. Quiso vengarse de aquel agravio y me participó que tenia entre manos una conquista... en una palabra, me habló de usted en términos que yo no debía tolerar. Le llamé villano, me desafió. Salimos al campo.... y fui gravemente herido.

—¡Herido!—repitió Matilde sollozando.—¡Dios mio! herido por mi causa!...

—Estuve largo tiempo, muy largo tiempo enfermo de peligro; pero en fin, á pesar de los tormentos de mi corazón, curé, y entonces no tuve mas que un pensamiento, una voluntad, un deseo, hallar á mi Matilde. Partí para Vitoria á consecuencia de lo que usted me decia en su fatal carta... llegué á la casa donde aguardaba inaugurar mi dicha, y mi corazón se oprimió! ¡Tuve miedo!... Todas las ventanas estaban cerradas.... Sepulcral silencio indicaba que nadie vivía allí. Llamé, pregunté á una anciana de la vecindad, y supe que su madre de usted habia muerto, y que usted estaba ausente... y casada!

A estas palabras siguió una pausa desgarradora.

Dos corazones generosos sufrían y callaban.

En fin, Matilde juntó entrambas manos, y elevándolas hácia el cielo balbuceó entre sollozos:

—¡Casada! ¡Dios mio! dame resistencia.

¡Desventurada jóven! ella misma habia roto su destino, destruido su dicha, desgarrado su corazón, despojado su juventud de las delicias del amor.

Entonces, y solamente entonces comprendió Matilde el inmenso sacrificio que habia hecho casándose con un anciano.... renunciando á cuanto hace la vida deliciosa y feliz.

Solamente entonces conoció cuánto habia amado al marquesito, pues que se habia suicidado moralmente sin sentirlo, tal vez sin comprenderlo. Habia perdido las bellas esperanzas de su porvenir, y renunció á ellas, desde el primer infortunio con que la abrumó el destino.

¡Pobre niña! la felicidad habia pasado junto á ella, y ella no la vió, no la conoció, no supo adivinarla.

Una amargura cruel laceró su corazón.

¡Débil mujer! un momento antes, su razon se apoyaba en la inestabilidad de las cosas humanas, en la breve duracion de las violentas sensaciones del alma, en la inconstancia de los sentimientos apasionados.

Su dolor habia hallado un refugio en la resignacion.

Mas ¡ay! este refugio se quebró de improviso.

Una palabra, una sola palabra la dejó sin armas para defenderse.

«¡Te amo y soy libre!» ha dicho su amante, y la contempla en silencio! y la deja anegada en lágrimas y pesares!

—¡Ay!—murmuró dolorosamente la infeliz.—Dios ha sido muy cruel conmigo! Debia haberme ahorrado esta última tortura... la de ver á usted otra vez.

—Dios es justo, ha querido darme este último consuelo.... el de ver á usted otra vez.

—No — dijo Matilde — Dios reprueba nuestro amor... es amor criminal... amor sin esperanza... olvidemos para siempre nuestras relaciones anteriores.

En este momento se abrió una puerta y apareció el respetable banquero.

Con la calma de la honradez y la sonrisa de la felicidad, se colocó entre los dos corazones que padecian.

—Hijos míos — dijo con paternal acento — fatigado con el arreglo de mis negocios, necesito un rato de descanso. Al lado de mi jóven bienhechor y de mi tierna esposa no puedo menos de hallar el mas dulce consuelo. ¿Qué es esto, Matilde? ¡Siempre triste! Reflexiona que nuestro honor se ha salvado, gracias á la generosidad del marquesito. Cesen de una vez las lágrimas, y vamos á comer. Vamos, hijos míos.

Suspendamos por breves momentos la historia de los desgraciados amores de Matilde, para decir algo del padre de su amante el simpático marqués de Bellaflor.

